

CONECTADOS AL PODER DE DIOS

Si un aparato electrónico está desconectado de la corriente eléctrica, no funciona. Con frecuencia los cristianos nos quejamos que nuestra vida no funciona, sin pensar que se debe a que no estamos conectados al poder de Dios, fuente de la Vida.

En la Biblia leemos el relato de la mujer con hemorragias que tocó los flecos del manto de Jesús en medio de la multitud que lo apretujaba y fue curada instantáneamente, pero lo más llamativo y emocionante es la reacción de Jesús, que afirmó: "Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza salía de mí", (Lc. 8:46). Jesús había sentido que alguien se había conectado con Él y había recibido su poder sanador. Todos somos destinatarios de ese poder, de esa fuerza que sale de Jesús hacia nosotros.

Es fundamental estar conectados con Jesús, estar unidos a la Vida, como el bebé está unido a la vida en el vientre de su madre a través del cordón umbilical, así debemos estar unidos a la Vida Divina para recibir el poder de Dios. Una forma especial de unión son la oración, confesión y la Comunión con el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Jesús afirma que si no estamos unidos a Él quedamos anulados: *"El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer"*, (Jn. 15:5).

En la oración de Jesús al Padre, Él hace un pedido muy curioso: *"Padre santo, cuida en tu Nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros"*, (Jn. 17:11). Siempre entendemos esta oración como un pedido de unidad entre los cristianos, es verdad, pero también es un pedido de unión de cada uno de nosotros con Él, con el Padre y el Espíritu Santo: *"para que sean uno, como nosotros"*. Para que nosotros estemos unidos a la Santísima Trinidad gozando de la unidad trinitaria.

Al ser bautizados, nos unimos íntimamente a Dios, pasamos a ser sus hijos muy amados. Somos injertados, incorporados a la Vida íntima de Dios, pasamos a ser parte del Cuerpo, uno con Dios y toda la Vida Divina y el poder fluye en nosotros como la savia en las plantas y la sangre en el cuerpo humano. Si la sangre no llega a un órgano del cuerpo, éste muere y se amputa. De la misma manera si algún miembro del Cuerpo de Cristo, llamado también Cuerpo Místico, no recibe la Vida de Dios, está muerto y dice la Palabra: *"el que no permanece en mí, es como el sarmiento que se tira y se seca; después se recoge, se arroja al fuego y arde"*, (Jn. 15:6). Dejamos de permanecer en Él cuando nos desconectamos, perdemos la gracia santificante, cometiendo pecados graves.

En la vida concreta nos hace mucho daño la imagen que nos han transmitido de pequeños, lógicamente sin mala intención de nuestros padres y catequistas, que Dios está allá arriba en el cielo, lejos, separado, a veces lo imaginamos sentado en una nube, casi indiferente de lo que sucede con nosotros. Ésta no es la realidad, Dios no está lejos, está dentro de mí, alrededor mío, me

envuelve, me abraza, me ama, como se ama a sí mismo, Él está en mi y yo estoy en Él. Como reza la oración al Espíritu Santo de las Iglesias Orientales: "Que estés en todo lugar y todo lo llenas".

El salmo 139 expresa maravillosamente esta realidad: *"Señor, tú me sondeas y me conoces, tú sabes si me siento o me levanto; de lejos percibes lo que pienso, te das cuenta si camino o si descanso, y todos mis pasos te son familiares. Antes que la palabra esté en mi lengua, tú, Señor, la conoces plenamente; me rodeas por detrás y por delante y tienes puesta tu mano sobre mí; (...) ¿A dónde iré para estar lejos de tu espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si me tiendo en el Abismo, estás presente. Si tomara las alas de la aurora y fuera a habitar en los confines del mar, también allí me llevaría tu mano y me sostendría tu derecha"*, (Sal. 139: 1-12).

Se dice que una vez un pez se había propuesto conocer el agua de la que había oído hablar tanto, entonces nadó y nadó y no logró conocer el agua. No se daba cuenta que él estaba en el agua y si lo sacaban de ella, moría. Así nosotros los cristianos ya estamos en Dios, pero perdemos mucho tiempo y energía esforzándonos en buscarlo, en lugar de tomar consciencia de que ya estamos en Él y si nos separamos, morimos, como el pez fuera del agua.

La Palabra de Dios nos enseña sobre esta maravillosa realidad: *"Porque en realidad, él no está lejos de cada uno de nosotros. En efecto, en él vivimos, nos movemos y existimos"*, (Hech. 17:27-28). Y San Pablo da testimonio de su experiencia personal de la vida en Dios: *"ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí"*, (Gal. 2:20).

Sólo debemos darnos cuenta de esta maravilla de nuestra fe, vivir, gozar, disfrutar, dejarnos poseer y amar por Él y permitir que la fuerza, el poder sanador que de Él sale fluya en nosotros y nos sane, llene y transforme.

Pbro. Dr. José Hazuda